

A-Caj. 208/5





A-Co | 208/5

R

140385

DELICIAS DE MANZANARES.

POEMA,

en que BELARDO , desengañado de la Corte,
persuade á su amigo MIRENO á gozar en su
compañía la apacible , y tranquila vida
de la Aldea.

POR

D. PASQUAL RODRIGUEZ DE ARELLANO.



MADRID MDCCLXXXV.

POR D. JOACHÍN IBARRA , IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

DE LAS

DE MANANABES

POEMA

en una carta de desengañado de la Corte,

Non alia magis est libera, et vitio carens,
Ritusque melius vite, que priscos collat,
Quam que relictis manibus sylvas amat.
..... Sollicito bibant auro superbi,
Quam juvat nuda captasse fontem manu?

Seneca.

POR

D. PASQUAL RODRIGUEZ DE ARELLANO.



MADRID: MDCCXXXV.

Por D. JOAQUIN YARRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.
CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

OCTAVAS.

I.

Despues que en los primeros verdes años
 De mi lozana juventud florida,
 En la dura prision de sus engaños
 Tuvo cautiva Amor mi incauta vida,
 Ó ya sea al exámen de los daños,
 Ó ya al de la razon mas advertida,
 Venciendo su rigor , burlé sus penas,
 Rotas esposas , grillos , y cadenas.

II.

Desde que libre ya , caro Mireno,
 Canté el triunfo de Amor , y por despojos
 Ofrecí al desengaño de luz lleno
 Las negras vendas , que ligó á mis ojos,
 Teñidas de mortífero veneno;
 Y subyugados ya tantos arrojos,
 Como de injusto amor movió el resorte,
 Distinguí el bien del mal , y huí la Corte.

III.

La Corte , que mil bienes deliciosos
 Con falso resplandor iluminados
 Promete , y los bocados mas sabrosos
 Con apariencias frágiles dorados;
 Siendo anzuelos sus glorias cautelosos,
 Donde mueren los hombres engañados;
 Porque la luz que en ellas aparece,
 En humo , y sombra vil se desvanece.

IV.

El jóven , que allí amante se previene,
 Por mas que disimule su deseo,
 No es amor puro el que á su dama tiene,
 Ni afecto tierno de su dulce empleo:
 Solo con la esperanza se mantiene
 De executar un pensamiento feo,
 Para que el alma en un dominio injusto
 Llegue á perder eternamente el gusto.

V.

La dice á los principios mil amores:
 Ofrécela bizarro montes de oro;
 Y para que se incline á sus favores
 Será de todo el mar corto el tesoro:
 ; Mas ay! que al punto en cárceles de horrores
 Se mira condenada á amargo lloro;
 Pues sabe amor con pérfida injusticia
 Atormentar lo mismo que la caricia.

(3)

VI.

La inocente doncella, así vencida,
Antepone al honor infame precio:
La casada ambiciosa, y atrevida
El tálamo nupcial tiene en desprecio:
Arma asechanzas á la honesta vida
Del esposo, que al ver el poco aprecio
Que hace la esposa de él, entre desvelos
Su amor no se distingue de sus zelos.

VII.

La verdad falta en todo, y en su ausencia
Solo lucen los falsos lisonjeros:
Ya el mérito ha perdido la excelencia
De los antiguos fieles Caballeros,
Que la crítica de hoy sin reverencia
Los gradúa de incautos, y sincéros;
Y como halla el engaño tanto asilo,
Llama su trato fiel, antiguo estilo.

VIII.

Frios cuerpos en fin en ella yacen
El pudor, la piedad, y la justicia:
Triunfa el poder, y á sus victorias hacen
La mas plausible salva la injusticia,
Cohecho, y ambicion; y solo nacen
Sediciones que siembra la malicia;
Sin que aproveche el zelo al Magistrado,
Si halla en virtud ya el crimen disfrazado.

(4)

IX.

El verdadero bien, y la alegría
En la Corte jamas halló el deseo:
Siempre entre penas: :: Mas, memoria mia,
Pára el discurso á tanto devanéó,
Y no me usurpes con su acuerdo impía
El bien que en esta soledad poseo,
Y inviolable me ofrecen, y seguro
Justa ley, fiel amor, y trato puro.

X.

¡Ay dulces! Ay amadas soledades!
Y pues os gozo, soledades mias:
Centro donde descansan las verdades,
Exámen de tan locas fantasías,
Donde con puro amor las voluntades,
Hollando las injustas tiranías
Del falso Dios vendado, siempre fieles
Orlan sus esperanzas de laureles.

XI.

Siempre que el verdadero desengaño,
Hijo vuestro, me trae á la memoria
Tanto pasado apetecido engaño,
Tanta aparente suspirada gloria
Como ciego anhelé para mi daño,
Celebrando su triunfo, y su victoria,
Tan obligado como estar os debo,
Os vuelvo á estimar mas, y amar de nuevo.

(5)
XII.

À esta mansion preciosa , á este recinto
Tan apacible el alma te convida:
Ven , y verás , Mireno , quan distinto
Es el sér , que disfruta aquí la vida,
Del que en ese intrincado laberinto:
No la razón de la pasión vencida
Se sujete al deseo : óyeme un rato,
Que hacértela presente es lo que trato.

XIII.

Escucha del Aldea las delicias,
Su vida alegre , quieta , y sosegada,
Dulces afectos , plácidas caricias,
Como disfruta amor en su morada,
Sencilla vega libre de malicias,
Donde es de todos la virtud amada;
Y así por , si á venir te acomodares,
Oye segunda Arcadia en Manzanáres.

XIV.

Hermosos campos , selvas deliciosas,
La vez que á celebraros grato aspira
En cláusulas mi pecho armoniosas,
Mi torpe labio , y destemplada lira
Desaniman mis ansias amorosas;
Y embargado el aliento no respira:
Mas equivoque todo mi deseo
La música de Anfion , la voz de Orfeo.

Del claro Manzanáres la ribera
 Tres años hace, que contento habito,
 Pastor humilde; cuya lisonjera
 Estacion cada vez que la repito,
 Me parece una nueva Primavera,
 Y á nuevas glorias cada vez me excito
 Al ver entre sus linfas, y sus flores
 Alternarse las Ninfas, y Pastores.

XVI.

Quando la Aurora el monte de luz baña,
 Tras mis ovejas, simple compañía,
 Baxo á esta vega desde mi cabaña,
 Contemplando en el bien del alma mía:
 Donde me ofrece en variedad extraña
 La flor fragancia, el páxaro armonía;
 Y como al gusto tanto bien ofrece,
 Otra segunda Arcadia me parece.

XVII.

El zéfiro agradable, blando, y tierno
 Apénas en el valle alegre suena,
 Templando los rigores del invierno,
 Y en dulces ecos suave Filomena
 Convida la atencion á gozo eterno,
 Quando la verde superficie amena
 Iluminan con uno, y otro rayo
 Abril de flores, y de esmáltes Mayo.

(7)

XVIII.

Crédito de mansiones tan felices
Son ya la fresca rosa, que á una espina
Le debió sus colores, y matices
Al cuidado de Flora peregrina,
Quando Accidalia Vénus sus deslices
Padeció por Adonis tierna, y fina,
Ciñendo por el ser, que así le abona,
Del reyno de las flores la corona.

XIX.

Ya el hermoso narciso enamorado,
El jacinto oriental, y la violeta
Morada, el azul lirio, y el nevado
Suave jazmin, la cándida mosqueta,
El clavel oloroso, y nacarado:
En fin, tal multitud, y tan perfecta
De azahares, alhelies, girasoles,
Que fecundan la vista á tornasoles.

XX.

Silvia aquí de beldad raro portento,
Que entre tantos cambiantes resplandece
Jazmin viviente, rosa con aliento,
Una guirnalda de jazmin guarnece,
Y rosa; mas lograra ella su intento
Mejor, tomando, pues que mas florece,
La rosa de su rostro soberano,
Y el jazmin de su tersa blanca mano.

XXIX.

Tanto frondoso pie , que en lisonjera
 Fecundidad de aromas , y colores
 Á influxos de la alegre Primavera
 Abundante promete en bellas flores
 Dulce , y sabrosa fruta placentera
 En Otoño , brindando mil primores
 La hermosa variedad de sus despojos
 Al apetito , al gusto , y á los ojos

XXII.

Aquí de Cintia Amor enamorado,
 Porque es Cintia de Amor la misma lláma,
 Al ver que coge el fruto desvelado
 Amante vuela de una en otra rama,
 Y obsequioso le da el mas sazonado;
 Y al irse , tanto puede , Amor la lláma,
 Y la dice : mi Cintia , me has rendido,
 Tuyo es el arco ya , no de Cupido.

XXIII.

Aquí el sonoro rápido arroyuelo,
 Cítara de cristal , lira de plata,
 Espejo en donde con falaz desvelo
 Segunda vez Narciso se retrata,
 El prado cruza con afan , y anhelo;
 Y alegrando la márgen se dilata
 Entre sus flores , que galan al verlas,
 Las enamora , y las regala perlas.

XXIV.

Apénas en mil giros desiguales
 Su claro seno mide el pez festivo,
 Quando Laura de prendas sin iguales
 Le tira en el anzuelo el atractivo,
 Con que aprisiona el pez en los sédales:
 ;Mas qué mucho que el pez quede cautivo,
 Quando es su rostro hermoso, y halagüeño
 De tantas vidas, que la miran, dueño?

XXV.

Aquí el gilguero alegre, que alto vuela,
 Llevando todo el Mayo por el ayre,
 Apénas fino á su consorte zela,
 De un lirio enamorado hace lá desayre
 Fragrante lecho, donde se desvela
 En requebrarla; mas con tal donayre,
 Que al escuchar tan tiernos sus amores,
 Forma zelos la esposa de las flores.

XXVI.

Floralba entónces, labradora hermosa,
 No bien lince los mira, y dos acecha,
 Quando tiende las redes cautelosas,
 Su dulce voz les hace la desecha,
 Y al mirarse en la cárcel engañosa,
 Llora el epitalamio en triste endecha,
 Siendo en Floralba el armonioso canto
 Del prado hechizo, y de la selva encanto.

XXVII.

Aquí la mies dorada, que el sustento
Principal de la vida nos da, y presta
Tan liberal, que da por uno ciento,
Es el mejor adorno á la floresta;
Y al segarla Benalcio, muy contento
De ver que á espigar tiende muy honesta;
Lenia su blanca mano, á sus fatigas
Cuidado hace el descuido en las espigas.

XXVIII.

Ya apresurando ansioso su faena,
Desvelado en su amor, mas prevenido,
Entre las rubias pajas en la arena
De la calandria le demuestra el nido;
Ó ya en sus manos de atenciones llena
Le ofrece el perdigon recién nacido,
Que girando en la mies salto de madre,
Sigue los ecos de su ronco padre.

XXIX.

Ya sube á un tronco, que en sabeas gomas
Llora el verdor pasado, y diligente
Con las yerbas, que exhalan mil aromas,
Le baxa el nido, donde tiernamente
Se arrullan amorosas las palomas,
Ó las tórtolas ya, que suavemente,
Cometiendo de amor finos excesos,
Se reciprocán, y se alternan besos.

(XXX)

Las verdes parras, que á los olmos fieles
 Se abrazan, donde á descansar venimos,
 Fresca sombra nos hacen con doseles
 De sazoados frutos, y de opímios,
 Que forman los dorados moscateles,
 Y uvas tintas en péndulos racimos,
 Que coge la divina Altisidora,
 Alternando sus luces con la Aurora.

XXXI.

Aquí el castaño de la selva atlante,
 Ocupando del viento la campaña,
 Produce siempre fértil, y abundante
 Tan grande como suave la castaña,
 Que limpia baxa Fabio, tierno amante
 Á su Aminta, de amor beldad extraña,
 Por evitar tal vez que en los abrojos
 No les dexen su púrpura en despojos.

XXXII.

Aquí verás tambien como Danton
 Sacude el nogal verde con presteza
 Á impulsos de su amor, y su deseo,
 Por regalar de Nise la belleza,
 Llenándola de nueces el manteo;
 Y al despedirse Nise, con fineza,
 Que no toda beldad gasta esquivaces,
 Le da un abrazo en pago de sus nueces.

XXXIII.

Tal vez baxa á la selva de doncellas
 Un lucido esquadron, y en los rediles
 Llenas de naterones las encellas,
 Arman tan bien sus danzas pastoriles
 Bellos Zagales, y Serranas bellas
 Al son de albuges, y de tamboriles,
 Que al oirlos los Faunos, y las Ninfas,
 Desamparan sus cuebas, y sus linfas.

XXXIV.

Finalizada la postrera danza,
 Al despedirse para sus destinos,
 Los Zagales en fe de su esperanza
 Las regalan tan tiernos, como finos,
 Por confirmar de amor más la alianza;
 Y esparcidos al ayre sus divinos
 Cabellos, que coronan mirto, y rosa,
 Suben festivas por la falda umbrosa.

XXXV.

Quanto mantiene el agua, quanto el viento
 En cristalinos velos transparentes,
 Ó al cuidado de Zéfiro, que atento,
 Dando á el ave matices diferentes,
 Luce armoniosa gala en su elemento;
 Ó de Doris, que al pez en las corrientes
 Viste esmeralda, nacar, plata, y oro,
 Nos dan el aura, y el cristal sonoro.

XXXVI.

Quanto en sus vegas fértil atesora
 La tierra entre variados esplendores
 Á los esmeros de Pomona, y Flora,
 En dulces frutos, y olorosas flores,
 Con que los prados, y árboles decora,
 Ofrece liberal, cuyos primores
 Parece que con émulos desvelos
 Arrebatan los Dioses de los Cielos.

XXXVII.

Entre sus arboledas espaciosas,
 Que en placenteras, y lascivas lides
 Tiernamente se estrechan amorosas
 Con los frondosos álamos las vides,
 Coronados de pámpanos, y rosas,
 Con versos dignos del glorioso Alcides
 Á Pan celebran de alegría llenos
 Los Sátiros, los Faunos, y Silenos.

XXXVIII.

Entre los quadros de sus frescas flores,
 Entre las calles de sus verdes parras,
 Entre sus fuentes, entre sus verdores,
 Sin desdeñar pellicos, ni zamarras,
 Festivos lisonjeros los Amores
 En nobles ademanes, en bizarras
 Acciones de amorosas gallardías,
 Enamoran Nayades, y Amadrías.

XXXIX.

Arregazado su brial de grana,
 Con ayroso despejo, y gentileza,
 Entre mil hermosuras mas ufana,
 Por esta vega con feliz destreza,
 ¡Ó quantas veces la deidad de Diana,
 Sin causarle las selvas extrañeza,
 La fiera persiguió con sus ventores,
 Esmaltando de púrpura las flores!

XL.

Feliz una, y mil veces el que vive
 En los campos, y selvas, que propicias
 Si á su cultivo pronto se apercibe,
 Le ofrecen abundantes las primicias,
 Que entre placeres lícitos percibe,
 Mereciendo por auge á sus delicias
 Habitar felicísimas edades
 En compañía fiel de las Deidades.

XLI.

Desde el felice venturoso día,
 Desde el dichoso, si primer momento,
 Que vivo en su apacible compañía,
 Sé desde entónces lo que no es tormento,
 Y desde entónces sé qué es alegría:
 Que vivo desde entónces sé, y que aliento,
 Porque en su ausencia cruda, y homicida
 Solo vive la muerte, no la vida.

XLII.

Aquí ni á impertinentes etiquetas
 La quietud , y la paz preciosos dones,
 Con servidumbre vil estan sujetas:
 Ni aquí por mal cortadas las razones
 El peligro padecen de indiscretas:
 Solo es en los sencillos corazones
 La ocasion cumplimiento á todos grato,
 Y la razon razon , que no el ornato.

XLIII.

Siendo en todos igual el exercicio,
 Y uno mismo de todos el ropage,
 Ni padece asechanzas el oficio,
 Ni disensiones causa el homage:
 Ni destruye la hacienda , y beneficio
 El espléndido tren de rico trage:
 Que el campo no conoce la perfidia,
 Y el mal que causan la ambicion , y envidia.

XLIV.

Las frescas auras , y templados vientos,
 Perenes aguas , puras , cristalinas,
 Moderados sencillos alimentos
 De acedas , y costosas medicinas
 Robustos nos conservan siempre exêntos,
 Y libres de accidentes , y ruinas,
 Que fomenta en su fausto , y opulencia
 Del compuesto manjar la incontinencia.

XLV.

El mediano edificio bien dispuesto
 Para comodidades de la vida
 Del Aquilon , y el Boreas opuesto
 A la arrogante furia embravecida,
 Ni teme en el humilde valle puesto
 Por altivo á la fuerza tan temida
 Del rayo ser funesto parasismo,
 Ni por lo grave estrago de sí mismo.

XLVI.

El trabajo preciso , y deseado
 Del Labrador solícito , oficioso,
 Todo el dia en los campos empleado,
 Ni lo trae en el vicio pesaroso,
 Ni desvela , y fatiga su cuidado
 La indigencia , y locura del ocioso;
 Ni alteran sus pacíficas mansiones
 Costosos pleytos , largas pretensiones.

XLVII.

Jamas lugar alguno en el aldea,
 Por mal quista , y odiosa , se merece
 La insaciable codicia , pasion fea,
 Que el generoso espíritu envilece;
 Pues todo quanto el Labrador grangea
 Al campo libremente se lo ofrece;
 Y alegre solo con lo que de él cobra,
 Todo quanto le falta , le es de sobra.

XLVIII.

Contento en su cabaña, y rico el pobre,
 Ni á sufrir procelosas tempestades
 Del remoto inconstante mar salobre
 Le impelen dichas, ni prosperidades,
 Aunque de lo preciso nada sobre:
 Tranquilo con sus cortas heredades,
 Vive Rey de ellas, puesto que en tributos
 Le pechan ricos sazonados frutos.

XLIX.

Desde que en nacarados arreboles,
 Primer aliento del hermoso día,
 Vida de los difuntos girasoles,
 Anuncia el sol la Aurora entre armonía
 De plumados dulcisonos bemoles,
 Entero se disfruta, hasta que fia
 Á otro horizonte su dorado coche,
 Sin confundirse el día con la noche.

L.

No son aquí profanos los afectos,
 Ni aquí desordenadas las pasiones
 Producen feos trágicos efectos:
 Ni aquí con engañosas expresiones
 De falaces sofisticos conceptos
 Se roban voluntades, y atenciones:
 Ni amor sujeto á ciega destemplanza,
 Vive deseo, y muérese esperanza.

*Del amor
y fama*

Solo un honesto afecto aquí reposa
 En fieles posesiones de Cupido,
 Siendo el concierto amor; y así la esposa,
 Ni comprada, ó vendida á su marido,
 Vive ella entre tibiezas enfadosa,
 Ni está él entre desdenes desabrido;
 Antes mas entre cándidos favores
 Se estrechan, y vinculan sus amores.

H. B. 1

LII. X

El honor mas brillante, y verdadero
 Consiste solo en el candor del trato,
 En noble proceder, puro, y sincero,
 En vivir con cordura, y con recato,
 Ser con todos afable, y placentero,
 Y en abrazar gustoso, siempre grato,
 Las justas sacras inviolables leyes,
 No en la prosapia antigua delos Reyes.

LIII.

¡Quán bienaventurado, quán dichoso
 Puede llamarse aquel, que cuerdo, y sabio
 Busca en campos, y selvas su reposo,
 Donde jamas lugar tuvo el agravio,
 Y siempre el favor vive venturoso!
 Y pues lo has escuchado de mi labio,
 Razon es que á gozarlo te resuelvas
 Con Belardo en los campos, y en las selvas.





Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1345975